

CHARO GONZÁLEZ CASAS

# El mensaje del náufrago



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com).

**Colección Narrativa**

EL MENSAJE DEL NÁUFRAGO

*Charo González Casas*

1.ª edición: marzo de 2014

Maquetación: *Marga Benavides*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2014, Charo González Casas

(Reservados todos los derechos)

© 2014, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3.ª planta, 5.ª puerta

08005 Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-15968-38-2

Depósito Legal: B-3.574-2014

*Printed in Spain*

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



**H**abía una vez una isla donde nunca ocurría nada. Nada salvo que cada atardecer era de una belleza tan brutal que daba fiebre. Pero sus aborígenes no sabían apreciarlo y a la caída del sol miraban a poniente sin asombro. Se habían habituado al delirio de la fiebre y creían que era un instinto como la sed o el hambre.

Sin embargo, los escasos forasteros que rumbo hacia otras islas llegaban a su costa por accidente o por despiste, al contemplar el espectáculo del sol atardeciendo, perdían el equilibrio y se caían de espaldas.

La Belleza tumba.

A la playa de esta isla llegó una botella que contenía un mensaje. La enviaba un náufrago. Y por la gruesa capa de restos marinos tan adherida al cristal como la dermis a los músculos, parecía que llevaba a la deriva varios siglos.

La encontraron tres hombres: un electricista, un pescador y un recaudador de impuestos. El primero iba descalzo y al pisar una duna, se cortó el dedo gordo con la arista de un objeto enterrado en la arena. Lo desenterraron, pensando que sería un crustáceo, fosilizado y deforme. Pero mientras lo manipulaban, arrancándole con-

chas y una costra de algas, moho y mierda, descubrieron el tapón de corcho.

—Si lleva un tapón es una botella.

—Si es una botella contiene un mensaje.

—¿Habrá llegado flotando, como en las novelas?

—Pues claro.

Abrirla no fue fácil. Se fueron a las rocas para aprovechar su dureza. Después de estrellarla, patearla y apedrearla una y otra vez sin éxito, decidieron acudir al cerrajero.

—¿Dónde está la cerradura? —dijo.

—No tiene. Pero tiene cuello, agujero y culo.

—Y un tapón de corcho.

—Y un mensaje dentro.

—Yo tengo gonzúas y llaves maestras para cualquier emergencia, pero esta botella lleva una coraza más inexpugnable que una caja fuerte.

—Tal vez con dinamita...

—No. Lo mejor es una sierra eléctrica. Preguntadle al carpintero.

Para no perder su lápiz de apuntar medidas, el carpintero siempre lo llevaba en la oreja.

—¿Qué es esto?

—La botella de un naufrago.

—No lo parece.

—Es parte del misterio.

—Mi sierra no basta. Llevadla al herrero.

El herrero estaba sordo pero leía los labios.

—¿Qué queréis que haga?

—Que nos abras esto.

—Con una condición.

—Pide.

—La cuarta parte de su contenido.

—Hecho.

El herrero pudo abrirla. La partió en dos mitades con el fuego de un soplete. Dentro había diez hojas de un papel exquisito. La caligrafía era firme.

—¿Y para esto tanto? —preguntó el herrero—. Según lo acordado, me tocan dos hojas y media, pero paso.



**E**l pescador, el electricista y el recaudador de impuestos regresaron con la botella a la playa y se situaron donde había aparecido. Era lo correcto: descifrar el mensaje en el lugar de su hallazgo. Así que lo leyó el electricista, por ser quien se había herido al pisarlo.

Cuando acabó de leer, ninguno de los tres acertaba a describir, expresar o comprender su desconcierto. Se quedaron tan pálidos que parecían tres cadáveres con las mortajas sucias.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¡Mi madre!

Y de repente, por clarividencia, los tres comprendieron que la costra marina que envolvía la botella era un sello con lacre. Protegía el mensaje de la curiosidad humana. Porque su contenido revelaba el misterio. El misterio, sí, ése. El que le falta al mecano para que las piezas encajen.

—Habrás que avisar al cura.

—No, que nos excomulga.

—Al alcalde.

—No, que nos encarcela.

—Al maestro entonces.

—Vale.

No estaban asustados. Simplemente sentían una emoción tan desconocida que no figura en ningún diccionario. Decidieron que lo mejor sería guardar el mensaje entre las dos mitades de su cofre marino, enterrarlo de nuevo y señalar la duna con un círculo de piedras.

Luego partieron en dirección a la escuela.



### III

**E**l maestro estaba explicando la reproducción de las aves. Iba a dibujar un huevo en la pizarra.

—Tenemos que hablar con usted.

—Esperad a que acabe la clase.

—El asunto no puede esperar. Es muy importante.

—¿Hay algo más importante que enseñar al que no sabe?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Del ignorante. Si, como es el caso, el ignorante es usted, depende el doble.

—¿Por qué?

—Porque usted es el que enseña. Más nos vale que lo aprenda rápido.

—De acuerdo. Espero que la lección me resulte inolvidable.

Al ver que acababa la clase, los niños salieron corriendo, chillando y atropellándose. Sin cruzar una sola palabra, los cuatro hombres llegaron hasta la duna señalada con el círculo de piedras. Mientras el maestro esperaba



de brazos cruzados, el pescador, el electricista y el recaudador de impuestos desenterraron el cofre.

—Primero, lea; luego, juzgue.

El maestro comenzó a leer despacio. A medida que pasaba las hojas iba acelerando. Cuando acabó estaba sin aliento. Parecía diez años más viejo.

—¿Hay alguien en la isla que se esté muriendo? —dijo.

—El Onofre.

—Traedlo.



Como no podía moverse tuvieron que cargar con el Onofre a cuestas. Le dijeron a su familia que se lo llevaban para aplicarle un remedio secreto que podría curarlo.

—¿Me oyes? —le preguntó el maestro al moribundo.

—¿Eh?

—¡Que si me oyes!

—¿Quién eres?

—El maestro.

—¿Qué estoy haciendo en la escuela?

—Presta mucha atención, que te interesa.

El maestro comenzó la lectura.

—Más alto —dijo el enfermo.

El maestro elevó el volumen. A medida que iba leyendo, al Onofre le crujían los huesos. Pasadas las siete páginas soltó por el ojo izquierdo un chorretón de lágrimas. Cuando faltaban tres frases para llegar al final, el Onofre levantó la cabeza, señaló las nubes, abrió la boca y emitió un estertor tan intenso que sonó como un rebuzno. Y así se quedó el Onofre, con los ojos y la boca abiertos, y con el índice rígido.

—Se ha muerto.

—Voy a leerlo otra vez.

—Pero ¿no ve que no puede oírlo?

—Pues por eso.

El maestro lo volvió a leer. El Onofre seguía tieso.

—Al menos ya sabemos algo: no resucita a los muertos.

Luego se quitó la gorra, hizo el signo de la cruz y preguntó en un susurro:

—¿Conocéis a algún muchacho o muchacha que no pase de los veinte y que esté tan enamorado que no coma, ni beba, ni duerma?

—Sí. Mi sobrino Raimundo —respondió el recaudador.

—Que venga. Y de paso, llevad el cadáver a la que fue su casa.

Así lo hicieron. Mientras el maestro aguardaba en la playa, el pescador, el electricista y el recaudador de impuestos devolvieron a sus parientes lo que quedaba del Onofre. Luego partieron en busca del enamorado, que no opuso resistencia.



**E**scoltado por los tres hombres, Raimundo llegó caminando como un astronauta. Le flotaban los pies y las manos, los brazos y las piernas.

—Ponte cómodo y escucha.

El maestro volvió a la lectura. Al terminar, el joven dijo:

—¿Puedo irme?

—Sí, pero antes dinos qué has sentido al escucharlo.

El chico no respondía.

—Que si has entendido algo.

—¿Qué es lo que había que entender?

—Pues qué va a ser, el mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El que te ha leído el maestro.

—¿Qué maestro?

—¿Cómo que qué maestro? ¿Es que no me reconoces?

Raimundo seguía abstraído. Por el fulgor de sus ojos parecía concentrado en la estela de un fantasma.

—¿Se puede saber en qué piensas?

—En las trenzas de mi novia. Le llegan a la cintura.

—Yo no digo que el chico sea lelo, pero lo parece.

—Anda, hijo, vete a tu casa.

Y mientras Raimundo se iba con gravedad de astronauta en su propia luna, el maestro sentenció muy serio:

—Ya sabemos dos cosas: ni resucita a los muertos ni deshechiza a los vivos.

—Y eso ¿qué significa?

—Que sin duda desvela el misterio, pero no lo cambia.

Al cabo de unos minutos, el pescador dijo:

—Nos habría sido más útil el tonto de la isla.

—¡Eso es! Traed ahora mismo al Sérvulo, que para eso es tonto de baba.

—Pero ¿qué va a decirnos el Sérvulo si no sabe distinguir un mendrugo de una piedra?

—Precisamente por eso. Tal vez la inocencia bruta sea capaz de percibir lo que se le escapa al juicio.



## VI

Sérvulo ya había cumplido cincuenta pero conservaba incorrupto el asombro de su primera infancia. Su mirada era limpia y de tal transparencia que no había embustero, ni traidor, ni cobarde que la resistiera.

Se sentó en el suelo. El maestro leyó con cuidado pero el tonto, en lugar de escuchar, cogía puñados de arena y se los vertía, lentamente, en la bragueta. Cuando sólo quedaban seis líneas para llegar al final, levantó los ojos, los clavó en el cielo y dijo:

—¿Puede leerlo otra vez, desde el principio y despacio?

—Claro.

El maestro lo volvió a leer entero. Cuando acabó, Sérvulo rompió a llorar desconsoladamente.

—Dinos, hijo, ¿por qué lloras?

El tonto no respondía.

—Yo creo que llora de gusto.

Sérvulo asintió como pudo, entre aspavientos e hipos, tratando de soltar el aire que engullía igual que un fuelle.

—Se va a ahogar como no pare.

—Que por qué estás llorando, hijo.

—¿Y cómo voy a saberlo si no lo saben ustedes que son mucho más listos?

—¿Lloras de tristeza?

—No.

—Lloras de alegría, entonces.

—Tampoco.

—¿Te has enterado de algo?

—¿Que si me he enterado de algo? Ahora ya lo sé: soy tonto.

—Entonces, ¿lloras por eso?

—No. Lo mío es de nacimiento, yo no tengo la culpa y llorar no lo remedia.

—Se ha vuelto inteligente.

—Hay noches en que no duermo y me pongo a contar estrellas. Uno, dos, tres, siete, cuatro... un, dos, tres, cinco, veinte... nunca me salen las cuentas.

—¿Cómo te van a salir?, si detrás del tres va el cuatro —explicó el recaudador—. Y detrás del cuatro, el cinco.

—Yo seré tonto, de acuerdo, pero me aguanto y lo acepto y, por tanto, no me afecta, pero tú eres mucho más tonto.

—¿Ah sí?

—Sí.

—¿Y por qué soy tonto, eh?

—Porque un tonto contando estrellas no es tonto porque no sepa que detrás del tres va el cuatro. Un tonto siempre es un tonto y si se pone a contar estrellas, no es más tonto por eso. Pero un listo contando estrellas es tan tonto como un tonto, aunque se sepa las cuentas.

—¿Y por qué un listo contando estrellas es tan tonto como un tonto?

—¿Lo ves? ¿Ves como eres tonto? Un listo contando estrellas es tan tonto como un tonto porque se cree que porque sabe contar, puede contar las estrellas. Las estrellas no se cuentan. Y eso lo sabe hasta un tonto, aunque no sepa contar.

—Y tú entonces, ¿por qué las cuentas?

—Muy fácil: porque soy tonto.

—Vale. Según tú, yo soy más tonto que tú.

—En efecto. Tú eres tres veces tonto.

—¿Y por qué lo soy tres veces?

—Primero, porque eres tonto; segundo, porque no lo sabes y tercero, porque en el caso de que te dieras cuenta, llegaría a afectarte tanto que no lo aceptarías nunca. Y aceptar no es cuestión de necios sino de sabios.

—El Sérvulo se ha vuelto listo –pontificó el maestro.

—Yo no estaría tan seguro –replicó el recaudador—. A ver, Sérvulo, si soy tonto y no lo sé, soy dos veces tonto, de acuerdo, pero si lo descubro, aunque no quiera aceptarlo, ya no soy dos veces tonto, sino sólo una y media.

—Quien no acepta es porque no comprende, quien no comprende no aprende, quien no aprende no conoce, quien no conoce no sabe y quien no sabe es un necio –sentenció el tonto de golpe.

—Vale.

—¿Qué es lo que hay que comprender cuando se cuentan estrellas? –preguntó el electricista.

—Demasiada luz deslumbra. Mas no alumbra quien da más luz, sino quien la da más cerca. Todo es cuestión de distancias.

—¡Milagro! –exclamó el pescador—. El Sérvulo se ha convertido en sabio.



—Y además hay otra cosa —añadió el idiota.

—¿Qué?

—Comparado con una estrella, yo soy lo mismo que un piojo. ¿Y puede un piojo contar los pelos de una cabeza?

—Ya sabemos tres cosas: ni resucita a los muertos, ni deshechiza a los vivos, pero espabila a los tontos —sentenció el maestro muy serio.

—¿Volverá a los listos tontos?



## VII

**E**n aquel preciso instante, el sol comenzó a ponerse. Y al contemplar el ocaso, los cinco cayeron al suelo. Dos de bruces, dos de espaldas y el tonto, de costado. Tenían las sienas ardiendo, las bocas abiertas, las piernas temblando. No les importaba que la arena se les pegara a la lengua o a los párpados porque por primera vez en sus vidas, en sus cortas vidas de hombres, contemplaban el crepúsculo a conciencia.

Pasados unos minutos, con los cuerpos todavía en tierra y las pupilas cegadas por el primer fogonazo, se atrevieron tímidamente a abrir los ojos. El milagro seguía allí, en el horizonte, y ya no pudieron dejar de mirarlo porque avanzaba con una cadencia que podía percibirse con los huesos del alma y era hipnótico, aunque deslumbrara.

—¿Qué es eso? —preguntó el maestro.

—El sol, que se está poniendo —acertó a decir el tonto.

—No.

—Pues si no es el sol, ¿qué es?

—Yo creo que es otro sol. Y que se está derritiendo.

—No. Es el mismo sol de siempre. Lo que pasa es que ha ardidido en exceso y ahora se está consumiendo.

—Y eso ¿qué significa?

—Que va a reducirse a cenizas.

—Eso es que se está inmolando. Ésta es su última ofrenda.

—Pero ¿cómo va a inmolarsse el sol? —protestó el tonto.

—Pues yo creo que le han pegado un tajo para cocinarlo y que ahora se lo están comiendo.

—¿Quién se va a comer el sol? ¿No veis que es el ocaso?

—No puede ser el ocaso.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado hermoso.

—¿Y qué? —volvió a replicarles Sérvulo—. El ocaso es siempre hermoso.

—Parece una trasfusión de sangre. Si se pusiera a llover, la lluvia sería roja.

—Y no caería en forma de gotas. Antes se coagularía en la atmósfera.

—Y caería en forma de nieve, de nieve color escarlata.

—Me está dando calentura.

—Yo, a lo mejor, me desmayo.

—Yo ya me estoy desmayando.

—Os estáis volviendo locos. No es más que el horizonte: el cielo, el sol y el océano, atardeciendo.

—No.

—¿Cómo que no?

—¡Mirad!: el horizonte está ardiendo.

—¡Sí! Es un incendio infinito.

—¿Podrá arder el océano?

—¡Mirad!: el sol está desapareciendo.

—Claro, porque se está poniendo, pero en la otra parte del mundo, en este instante, amanece.

—No. El sol está agonizando.

—¡Es cierto! ¡Se está muriendo!

—Pues si nada lo remedia, no volverá a amanecer.

—¿Qué te apuestas a que mañana amanece?

—Me apuesto lo que tú quieras. Mañana no habrá mañana.

—Que mañana no habrá mañana, dice... Será imbécil.

—¡Mirad!: ha desaparecido.

—¡Hostias!

—¡El sol se ha muerto!

—¡Viva el sol!

—¡Viva!

—Cómo va a morirse el sol... Qué tonterías son éstas.

Después hubo un largo silencio. Los cinco siguieron tumbados. Y cuando se hizo de noche y salieron las estrellas y la oscuridad cubrió mar, tierra y aire y los cinco se recuperaron y pudieron, por fin, levantarse, el maestro dijo:

—Ahora lo comprendo todo.

—¿Qué es lo que comprende ahora?

—La razón de que los forasteros al ver el atardecer, se caigan de bruces y enfermen.

Pasados unos instantes, concluyó:

—La belleza es insoportable.

—Y además da fiebre —añadió el tonto.

No hubo mayor sonido que el de las olas rompiéndose. Hasta que el electricista se atrevió a formular en voz alta lo que todos estaban pensando:

—Y ahora, ¿qué?

- Lo primero es comprobar si el sol volverá a salir.  
—Y si no sale, ¿qué hacemos?  
—Eso lo pensamos luego, si vemos que no amanece.  
—¿Podremos volver a pensar si no vuelve a amanecer?  
—preguntó, irónico, el tonto.  
Nadie tuvo valor para responderle.

# VIII



Esa noche montaron un campamento de vigilancia en la playa con el fin de comprobar si el mundo tendría mañana, si el sol volvería a alumbrar, si la Tierra volvería a rotar en torno a un astro encendido o apagado para siempre. Se quedaron allí sentados, en la arena, vigilando el horizonte, con miedo a parpadear por si el firmamento se borraba de repente. Y cuando, al cabo de las horas, el alba asomó, por fin, y los pájaros cantaron, el tonto dijo:

—¿Lo veis? ¿Veis como está amaneciendo?

En efecto, en el horizonte volvió a aparecer el sol, con puntualidad de astro.

—Pues bien, ya ha amanecido —arguyó el maestro—. El sol no ha muerto.

—¡El sol vive!

—¡Viva el sol!

—¡Viva por siempre!

—¿No os lo dije? —alegó el tonto.

—La culpa la tiene el mensaje. No resucita a los muertos, ni desembruja a los vivos, ni hace que el sol se detenga, pero provoca alucinaciones.

—No. La culpa no es del mensaje.

—¿De quién es la culpa entonces?

—Del ocaso.

—No —replicó el tonto—. El ocaso es inocente.

El sol siguió despuntando, vivo y sano, como siempre. Los cinco hombres lo contemplaban como si fuera un fenómeno. Hasta que el maestro dijo:

—¿Sigue viviendo el Lagarto?

—Sí, pero se ha vuelto loco.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Le prendió fuego a su casa y se echó desnudo al monte. Y allí vive, en una gruta, como una bestia. En invierno come raíces y en verano, frutos y flores.

—Que venga.



## IX

**E**l Lagarto era un erudito. Tenía ochenta y ocho años y hasta pasados los treinta había sido labrador, analfabeto y casi tan ignorante como Jeremías, su burro. La primera vez que vio un libro pensó que sería una caja. Estaba semienterrado en la mitad de una viña. Lo abrió y al descubrir que en lugar de vacío, contenía un mazo de hojas con extrañas figuritas negras, sintió un desconcierto enorme. Lo hojeó durante un rato. Pensó que podía dar aire y arder para avivar la lumbre. En ese mismo momento sintió un apretón de tripas. Defecó junto a una cepa y comprobó, satisfecho, que las páginas de aquel objeto limpiaban mejor las nalgas que las hojas de los árboles. Eran más suaves al tacto, más anchas y resistentes. Cuando volvía de cagar se cruzó con Patas de Alambre, el labrador que le acompañaba en las faenas del campo. Mostrándole aquel objeto, el Lagarto le preguntó:

- ¿Qué es esto?
- Un libro.
- ¿Para qué sirve?
- Para leer.
- ¿Qué es leer?



- Saber lo que dice ahí.  
—¿Es que aquí dice algo?  
—Claro.  
—Y eso ¿cómo se averigua?  
—Conociendo el alfabeto.  
—¿Qué es el alfabeto?  
—¿Pues qué va a ser? Son las letras.  
—¿Me las puedes dibujar para que las aprenda?  
—Necesito un lápiz.

El Lagarto le acercó un sarmiento. Acababa de llover y la tierra estaba apelmazada y brillante. Patas de Alambre fue dibujando las letras, *a, b, c, ch, d, e, f, g, h, i, j, k, l, ll, m, n, ñ, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y* y *z*. Le explicó que se combinaban y que al hacerlo formaban palabras. Las palabras escritas nombraban todas las cosas. Cada cosa tenía su palabra y cada palabra, su cosa.

—Escríbeme una palabra —le pidió el Lagarto.

—¿Qué palabra te escribo?

En aquel momento una mosca zumbó en el aire. Estaba vieja o cansada porque volaba despacio.

—Escribe la palabra *mosca*.

Patatas de Alambre la escribió en la tierra.

El Lagarto miró la mosca, luego miró la palabra.

—¿Dices que aquí pone *mosca*?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

El Lagarto miró la palabra, luego miró la mosca.

—Entonces, ¿cada vez que vea esta palabra tengo que imaginarme que es esta misma mosca?

—Exacto.

El Lagarto alargó la mano, atrapó la mosca, cerró el puño y mientras sentía el zumbido del insecto en su palma, dijo:

—Escribe la palabra ahora.

Patas de Alambre volvió a escribir *mosca*.

—No lo entiendo.

—Es muy fácil.

Y señalando cada letra con la punta del sarmiento, Patas de Alambre fue deletreando:

—La eme con la o dice mo; si le añades una ese dice mos. La ce con la a dice ca. Mos-ca.

—Ya. Pero antes estaba en el aire y ahora la tengo en el puño.

—¿Y qué?

—Que no es lo mismo.

Ante el asombro de su compañero, el Lagarto trató de explicarse:

—¿Tú crees que serías el mismo si te metieran en un calabozo que midiera, de alto y de ancho, lo que mide una tumba?

—No.

—¿Lo ves?

—¿Qué es lo que tengo que ver? —preguntó Patas de Alambre con paciencia.

—Que si te cambia la vida por cualquier circunstancia, la palabra que te nombra también tiene que cambiar.

—¿Qué más da que esté libre o presa? La mosca sigue siendo mosca, aunque le cambie la vida.

El Lagarto guiñó un ojo y con el que le quedaba abierto comprobó, por la mirilla del puño que, en efecto, la mosca seguía siendo mosca, por muy presa que estuviera.

Apretó con fuerza el puño, reventó la mosca, abrió la mano y mostrando su cadáver dijo:

—Vuelve a escribir la palabra.

Y por tercera vez, Patas de Alambre volvió a escribir *mosca* en la tierra. El Lagarto se rascó la cabeza.

—Si te matan o te mueres, ¿la palabra que te nombra sigue siendo la misma?

—Naturalmente.

—¿Las palabras que se escriben no mueren nunca?

—No.

—¿Siguen viviendo aunque mueran las cosas que nombran?

—Pero qué cosas dices.

Entonces, armándose de la paciencia universal y anti-quísima de los maestros ante los alumnos torpes, Patas de Alambre escribió junto a la primera palabra *mosca*, la palabra *libre*; junto a la segunda *mosca*, la palabra *presa*; y junto a la tercera *mosca*, escribió *muerta*. Y señalando, letra por letra, con el sarmiento, fue leyendo en voz alta:

—Mosca libre, mosca presa, mosca muerta.

El Lagarto arqueó las cejas y contemplando, admirado, los caracteres impresos sobre la tierra mojada, formuló una gran pregunta:

—¿Significa esto que las palabras escritas, además de las cosas, nombran la vida y la muerte, la libertad y el presidio?

—Claro. Las palabras escritas lo nombran todo.

—¿Todo? —preguntó el Lagarto asombrado.

—Todo.

—¿Pueden nombrar lo invisible?

—Sí.

—¿Y lo que aparece en los sueños?

—Sí.

—¿Nombran los pensamientos?

—Sí.

—¿También lo que deseamos, lo que nos asusta, lo que presentimos?

—¡Que sí, coño!

—¡Escribe la palabra *coño*!